

Recordar, compartir, aprender

A Coruña

Ramón García Martínez, 76 años

Belen Aradas Cabado, 21 años

LA PARADOJA DEL EMIGRANTE

Hoy no es un domingo cualquiera. Como no trabajo en la fábrica nos vamos de excursión. El día amanece soleado. Me desperezo, me levanto y admiro la estupenda mañana de verano que comienza a asomarse entre las rendijas de la persiana mientras Maruja, mi mujer, se arregla.

Preparamos nuestros bártulos, incluyendo la receta para un picnic perfecto: tortilla, filetes empanados, sándwiches y bebidas. Nos juntamos con un grupo de amigos españoles para ir a Davos, en Los Alpes. Hemos conseguido reunir hasta cuatro coches repletos de gente para la ocasión; hoy va a ser un gran día. Todo está en orden... ¡Allá vamos!

El trayecto de subida se me hace corto mientras me pierdo entre el paisaje que entra por la ventanilla. Me bajo del coche. Respiro. Una bocanada de aire caliente invade mis pulmones mientras el sol golpea mi cara. Hace mucho calor y huele a verano.

Nos tiramos sobre el césped y empezamos a acomodarnos. No traemos neveras, no serán necesarias. La erosión de la nieve sobre el terreno ha ido formando huecos que a estas alturas del año continúan rellenos de la nieve remanente del invierno, y serán el emplazamiento perfecto para que nuestra comida se mantenga fresca.

El día transcurre lleno de buenos momentos compartidos con nuestra gran familia. Procedemos de distintas ciudades, tenemos distintos acentos, costumbres y formas de pensar. Pero nos une la misma bandera y, lo que es más importante, compartimos la misma situación, ya que todos hemos tenido que abandonar nuestro hogar y nuestra vida para intentar buscar un porvenir fuera de las fronteras de España. En lugar de separarnos, nuestras diferencias crean lazos entre nosotros, evitando que nuestras raíces caigan en el olvido.

De repente, algo en el cielo capta nuestra atención: comienzan a formarse grandes nubes. Antes de que nos demos cuenta un oscuro manto cubre toda la montaña y, para nuestra sorpresa, comienzan a caer los primeros copos de nieve. ¡En pleno mes de agosto! No damos crédito, pero rápidamente comenzamos a buscar escondrijos para guarecernos de la tormenta, y nuestro picnic veraniego se convierte ahora en un improvisado campamento de montaña. Las sombrillas que minutos antes utilizábamos para evitar al sofocante sol serán ahora nuestras grandes aliadas.

La sorpresa invade nuestros rostros, dando paso segundos después a una gran excitación, similar a la de un niño pequeño la víspera del seis de enero.

A medida que la nieve cae sobre mi ropa una extraña sensación me recorre de arriba abajo como un escalofrío en lo más profundo de mi ser, y acto seguido comienzan a invadirme recuerdos de mi tierra: los “Jueves de Moda” en la plaza de García Hermanos de Betanzos, mis viajes a A Coruña para ver a mi Maruja cuando aún éramos unos críos, el olor a mar (el mar...), mi primer trabajo en la construcción, un terrible accidente, mi boda, el nacimiento de mi primera hija...

En cuestión de segundos van pasando por mis retinas multitud de fotogramas de mi vida en Galicia. Miles de vivencias y detalles que, ya sean momentos felices o imágenes trágicas que uno desearía borrar de la mente, fueron trazando irremediabilmente mi camino; una senda desconocida que poco a poco he ido recorriendo como un aventurero perdido en la selva machete en mano hasta este preciso instante. Este precioso instante.

Recordar, compartir, aprender

Con cada copo de nieve me siento más lejos de mi tierra, pero mis recuerdos se esfuerzan a la vez por acercarme a ella. La eterna paradoja del emigrante: ser ciudadano de varios países para acabar por no pertenecer del todo a ninguno de ellos a medida que el tiempo transcurre.

La tormenta cesa dejando tras de sí un espeso manto de nieve virgen. Todo ha sucedido muy rápido, pero entre carcajadas y caras de asombro aún no hemos asimilado la grandeza del momento que acabamos de vivir. Levantamos el campamento. Obviamente en estas fechas no llevamos cadenas en el coche (lo que, por la cuenta que nos trae, no volverá a suceder en excursiones posteriores), así que el descenso será lento, sinuoso y excitante, la guinda para el pastel.

Llegamos al que fue nuestro punto de encuentro inicial y nos despedimos. Ya en casa me meto en cama, aún barrenando y pensando en todos los recuerdos que la nieve hizo resurgir dentro de mí.

Mañana será otro día. Buenas noches Maruja. Buenas noches Moncho.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Ramón es un señor jovial y dicharachero al que la vida ha dado muchos malos momentos, pero también algunas satisfacciones. Está orgulloso de haber vivido tantos años, y no detesta nada de este mundo. Le gusta tomarse la vida con buen humor.

No es egoísta, porque para él el dinero no da la felicidad en la vida, y está siempre dispuesto a ayudar a quien puede. Lo que de verdad le importa es su familia, sobre todo su mujer, pero también le preocupan los problemas de los demás. Le afecta mucho ver el sufrimiento de la gente, ya sea en el telediario o en su barrio.

No se queja de nada y se conforma con lo que tiene, porque hay gente que se encuentra en una situación mucho peor. Padece una enfermedad respiratoria crónica grave, pero no permite que ello le afecte ni le merme el ánimo. A pesar de todo lo mucho que ha podido sufrir a lo largo de su vida está contento con lo que tiene, y es feliz ayudando a otras personas en la medida de lo posible.